DIÁLOGO IMAGINARIO
ENTRE LOUISE LABÉ Y OLIVIER DE MAGNY

ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

En recuerdo de su mutuo amor, estos acercamientos a sus sonetos

1. Ella
A un beso tuyo que mi boca abrasa,
y otros dos, todavía más sabrosos,
y otros dos, más que el último amorosos,
cuatro devuelvo ardientes como brasa.

¿Desfalleces?... Verás que pronto pasa
tu mal si diez añado, muy graciosos.
Entremezclando besos tan dichosos,
¡uno al otro gocémonos!... ¡La escasa

vida ya se duplica: ya consigo
cada quien vive y dentro de su amigo!
Pero deja que diga otra locura:

si me aflige vivir discretamente,
de contentos privada, ¿no es cordura
vivir fuera de mí, perdidamente?

2. Él
¿Qué fuego celestial mi pecho enciende
y qué furor es éste, que me irrita?:
santamente el espíritu me agita,
pero artero lo atiza y me sorprende.

¡Cómo!... ¿Él pequeño Dios a mí desciende?
¿Él, que en los grandes dioses ejercita
su fuerza insigne, el corazón me excita
con la inmortalidad a que trasciende?

¡Es él, es él! ¡Su soplo me exaspera!
Sé que es él porque huelo su grandeza:
porque otra vida, nueva y mía, empieza.

¡Fuera, entonces, profanos! ¡De aquí fuera!
¡Ya llegó el dios! ¡Ya siento que está aquí
por el furor que me saca de mí!

3. Ella
Ni de Ulises el émulo prudente
podría sospechar por tu apariencia
dulce, honesta, graciosa, la presencia
de cosa alguna en ti que me atormente.

Por culpa tuya, Amor, el inocente
pecho —ya de tu fuego residencia—
me flechan unos ojos cuya ausencia
no menos que su luz es inclemente.

¡Extraña murte!, pues me punza el dardo
de un escorpión, y el bálsamo que aguardo
es el mismo veneno que me altera.

Alíviame, oh crüel, de tal manera
que mi ardiente deseo no se apague
o con la muerte mi delirio pague.

4. Él
La quiero por discreta y por hermosa:
negra la ceja sobre el ojo oscuro,
la risa alegre y el aliento puro,
el vientre de marfil, la tez de rosa.

La quiero por su frente: una espaciosa
plaza donde el Amor está seguro;
y por su inquieto espíritu maduro;
y más por elocuente y memoriosa.

La gran erudición que la engalana
me hace quererla igual que por humana
—no conoce su pecho la avaricia.

Pero soy su rendido prisionero
y encuentro en sus amores tal delicia
porque duermo con ella cuando quiero.

5. Ella
Diana —que por las ninfas aclamada
reposaba de larga cacería,
del fresco monte en la espesura umbría—
me vio pasar, en sueños abismada

como acostumbro, y exclamó enojada:
"¡Ved a esa Ninfa desatenta y fría
que antes a Diana recordar solía!"
Pero al mirarme del carcaj privada

y el arco, dijo: "Amiga, ¿a dónde fuiste?
¿Qué has hecho que sin armas te volviste?"
"Me contrarió", repuse, "un caminante;

y en vano le arrojé todas mis flechas
y el arco: alzólos él, y en un instante
me vi abierta, cien veces, por cien brechas".